



EL MAESTRO EN LA UNIVERSIDAD CATÓLICA
CELEBRACIÓN DEL DÍA DEL MAESTRO – MAYO 20 DE 2013*
The Teacher in the Catholic University

*Álvaro Eduardo Betancur Jiménez***

* Palabras en la celebración del día del maestro – mayo 20 de 2013

** Sacerdote diocesano, Diócesis de Pereira. Rector Universidad Católica de Pereira. Contacto: rector@ucp.edu.co



EL MAESTRO EN LA UNIVERSIDAD CATÓLICA CELEBRACIÓN DEL DÍA DEL MAESTRO - MAYO 20 DE 2013

Para citar este artículo: Betancur J., Álvaro E. (2013). "El maestro en la Universidad Católica". En: *Revista Académica e Institucional*, Páginas de la UCP, N° 93, (Ene. - Jun. 2013): p. 5 - 12.

Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Durante la cena, cuando ya el diablo había puesto en el corazón a Judas Iscariote, hijo de Simón, el propósito de entregarle, sabiendo que el Padre le había puesto todo en sus manos y que había salido de Dios y a Dios volvía, se levanta de la mesa, se quita sus vestidos y, tomando una toalla, se la ciñó. Luego echa agua en un lebrillo y se puso a lavar los pies de los discípulos y a secárselos con la toalla con que estaba ceñido. Llega a Simón Pedro; éste le dice: «Señor, ¿tú lavarme a mí los pies?» Jesús le respondió: «Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora: lo comprenderás más tarde.» Le dice Pedro: «No me lavarás los pies jamás.» Jesús le respondió: «Si no te lavo, no tienes parte conmigo.» Le dice Simón Pedro: «Señor, no sólo los pies, sino hasta las manos y la cabeza.» Jesús le dice: «El que se ha bañado, no necesita lavarse; está del todo limpio. Y vosotros estáis limpios, aunque no todos. «Sabía quién le iba a entregar, y por eso dijo: «No estáis limpios todos.» Después que les lavó los pies, tomó sus vestidos, volvió a la mesa, y les dijo: «¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis "el Maestro" y "el Señor", y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros los pies unos a otros. Porque os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros. «En verdad, en verdad os digo: no es más el siervo que su amo, ni el enviado más que el que le envía.»

Jn 13,12-17

Uno de los títulos de Jesús más valorados y frecuentes entre sus seguidores, tanto durante su vida histórica como después de la Pascua, al reconocerlo resucitado y al proclamarlo como Señor y Salvador, fue el de Maestro (*didáskalos* - διδσκαλος).

Con ese título, en primer lugar, se reconocían sus fieles seguidores como discípulos, esto es, como quienes habían descubierto en él a un líder que, en nombre de Dios, comunicaba un mensaje de vida y salvación, y como alguien que podía conducirlos hacia la realización de sus sueños: "Hemos encontrado al Mesías", le dice Andrés a su hermano Pedro, al compartirle su experiencia,

luego de haber conocido a Jesús y haber estado con él en su propia casa. Pero si se sentían discípulos, era porque habían descubierto en Jesús al Maestro, no simplemente en el sentido de otro más que enseñaba, sino como aquél que encarnaba ese ministerio en forma excelente y por antonomasia: Jesús no era otro maestro, un maestro más, aunque fuera el mejor, sino "el Maestro".

Lo llamaban "Maestro" no simplemente porque cumpliera la tarea de enseñar, sino porque encontraban en él a alguien que reflejaba una condición personal extraordinaria y una autoridad sin igual ("enseñaba con autoridad y

no como los escribas y fariseos” Mt 7,28-29) que lo constituían en alguien superior que merecía que lo siguieran: una coherencia admirable entre lo que enseñaba y lo que vivía; una sabiduría que leía en su más recóndita profundidad la esencia misma de la vida; una riqueza interior que provenía no de lo que había conocido de oídas sino de lo que le pertenecía en su más entrañable identidad, una bondad propia de su ser que garantizaba que conduciría a quienes lo siguieran hacia una vida en plenitud y hacia la comunión íntima con la verdad. En definitiva, se trataba de alguien con una estatura humana superior que encarnaba de manera excelente la dignidad, el amor, la bondad y la sabiduría.

Esa condición excelente la vivía Jesús, no para reclamar pleitesía ni adulación, tampoco para ejercer dominación o poderío, menos para usarla en beneficio de sí o de sus intereses, sino, como lo dice en el texto que acabamos de leer (Jn 13,12-17), para servir: el Maestro se despoja de su manto, signo de señorío, y le lava los pies a los discípulos, a semejanza de lo que hacían a los invitados, los sirvientes en la casa del anfitrión. Esa grandeza y ese ministerio los ejerció como servicio. El grande se pone al nivel del pequeño, el anfitrión al nivel del sirviente.

Cumplía, así, el Señor, una misión de servicio que le había sido encomendada por el Padre y se constituía en servidor, no sólo de la causa del nuevo orden, el Reino, sino de aquellos a quienes se la anunciaba.

Servicio, sabiduría, bondad, preocupación por el otro, coherencia, amor libre de todo egoísmo, autoridad nacida de la autenticidad¹, dedicación abnegada. Esos rasgos del Maestro se nos presentan hoy, en el contexto de la celebración

del día del maestro, como horizonte luminoso que delinea ese precioso ministerio que se nos ha encomendado.

La sociedad ha llegado a ser lo que es hoy a través de un largo proceso de humanización y civilización. Ella quiere y necesita entregar el conjunto de los bienes de la cultura, entendida como el cultivo de lo humano en su integralidad, a quienes van llegando a participar del complejo entramado de su ser orgánico. Actúa así como una avezada partera que ayuda a dar a luz a sus miembros, hacia una forma crecientemente superior y enriquecida de vivir la existencia y, más aún, de ser humanos. Esa responsabilidad es trascendental y decisiva como ninguna, porque se trata de avanzar en el proceso de humanización. Es una responsabilidad compartida por todos los que llegaron primero al banquete de la vida, y es depositada de manera formal y organizada en unos ciudadanos que han de ejercerla como un verdadero ministerio: las maestras y los maestros.

Cabe, pues, a ellos, la admirable y gratificante tarea de continuar entregando los bienes de la cultura a los miembros de la sociedad, y de posibilitar que, a partir de lo que ella posee como lo más valioso, puedan construirse como humanos y realizar un proyecto de vida feliz, arraigado en el bien.

Amplio y variado es el universo de los bienes y valores de la cultura. Abarca el conocimiento, el arte, el lenguaje, la ciencia, la técnica, la espiritualidad, la ética, la política, la religión, la afectividad... Pero más allá de esas expresiones concretas de lo humano y de la cultura, está el bien que a todas las envuelve y que constituye como su horizonte trascendental: me refiero a la

¹ Autoridad y autenticidad provienen de la misma raíz latina “auctor-is”: creador, autor, fuente histórica, promotor, quien crea, causa u origina algo; este sustantivo proviene del verbo augere: aumentar, hacer progresar. Auténtico proviene del latín *autenticus*, que se deriva del griego *authentikos* – *authentés*, que tiene autoridad, “dueño absoluto” (Corominas y Pascual, 1991; Gómez de Silva, 1998). En ambos casos, alude al ser personal construido en profundidad y con la singularidad que reclama la condición de ser persona, y que por su elevada estatura humana, congrega, convence, tiene poder de convocación y de liderazgo.

forma de ser humanos, o, como lo expresara el recordado Benedicto XVI, “lo que hace humano al ser humano”. La tarea más importante de la sociedad y, en particular, de su responsabilidad educativa, esa que pone en manos de los maestros, es la de posibilitar que sus miembros sean humanos en plenitud; humanos en sentido auténtico e integral. De esa manera, como lo hemos repetido tantas veces en nuestra *Alma Mater*, y como lo hemos querido incorporar efectivamente en nuestro proyecto educativo, la tarea fundamental del maestro es posibilitar la humanización.

Aparece así la tarea del maestro como un verdadero ministerio, que implica asumir su misión como una vocación, más allá de una profesión o una función. El magisterio, entonces, es una vocación, entendida ella como un llamado de la sociedad y más aún, en el contexto de la experiencia creyente, como un llamado de Dios: “vocare”, “vocatio” significa que en el origen de la noble tarea del maestro está no simplemente una decisión motivada por el gusto, la opción profesional o, menos aún, por la necesidad de “ganarse la vida”, como decimos usualmente en sentido pragmático, sino por una invitación, de la sociedad en sentido secular, y de Dios en sentido trascendente.

Pero precisamente por ser eso, la vocación al magisterio se arraiga en el ser más profundo del maestro, como que “naciera” de la más honda identidad. Decimos, a veces desprevenidamente, que realizamos algo “por vocación” y eso lo predicamos de manera muy especial de la tarea magisterial; con ello queremos referirnos, más allá de la mirada ligera del lenguaje común, que lo hacemos movidos por unos intereses superiores que trascienden lo meramente laboral o profesional. Vocación significa que la razón de ser está más allá de una tarea encomendada en el

contexto de un contrato; que lo que compartimos con el alumno nace de convicciones profundas que nos comprometen decisivamente; que previo al discurso educativo y como soporte del mismo, ha habido todo un proceso de reflexión profunda y responsable que ha posibilitado la asimilación, la inteligencia y el conocimiento sabio.

Vocación significa, en fin, que el quehacer del maestro está animado por un espíritu de servicio en el que ponemos lo mejor de lo que somos, sabemos y creemos. Además, comprendemos bien que con este servicio estamos participando en el proceso más decisivo y apremiante que debe acometer un ser humano: su propia vida, la construcción de su propio ser.

Hemos dicho asimilación, inteligencia, saber en profundidad. Eso es lo que nos invita a comprender la tarea del maestro, y esto es especialmente urgente reivindicarlo en el caso del maestro de la educación superior, cuya identidad y responsabilidad con frecuencia se distancian de los otros niveles de la educación, empobreciendo las dimensiones de su ministerio: no gira nuestra misión sólo en torno al conocimiento, aspecto indudablemente muy importante, sino que trasciende ese nivel y conduce a uno todavía más profundo y decisivo, cual es el de la sabiduría². El maestro, y digámoslo nuevamente, el de la educación superior, es el hombre, es la mujer no sólo del conocimiento, sino también de la sabiduría. En la perspectiva cristiana es bien conocida la densidad de la diferencia de estos dos conceptos: el conocimiento de la ciencia aborda el mundo de lo fenoménico, es decir, estudia los fenómenos, sean estos sociales o naturales, y formula unas leyes que permiten explicar su ocurrencia y predecirla para el futuro. La sabiduría trasciende el fenómeno y va hasta la

2 Del latín “sapientia”, del verbo “sapere”: gustar, saborear la esencia; la sabiduría en el lenguaje cristiano es una “comprensión profunda y penetrante de lo real” (Grelot y Baruaq, 1990, pp.807-812; Gilbert, 1980, pp. 1712-1728).

hondura de la realidad, para, teniendo en cuenta el aporte del conocimiento de la ciencia, entenderla en su substrato más decisivo, cual es el de la verdad y el bien. Conoce quien, procediendo de manera rigurosa, sistemática, crítica y metódica, comprende los fenómenos; el sabio, procediendo también rigurosamente, llega hasta el estrato del sentido, el significado humano y la perspectiva trascendente de la realidad, involucrando tanto lo gnoseológico como lo ético, lo antropológico, lo existencial y lo vital.

En el contexto de la fiesta de Pentecostés que acabamos de celebrar, la sabiduría significa en definitiva “saber con el saber con el que Dios mismo sabe”, “saber con el mismo saber” con el que Dios creó el mundo y nos dio vida a los humanos. Esto significa que el sabio alcanza una inteligencia superior (*intus – legere*: leer en la mayor profundidad la “lógica interna” de la realidad, o “entre” – *legere*, muy cercano a nuestro “discernir”³). Al nivel de la sabiduría corresponden preguntas relacionadas con el significado de la ciencia y de la técnica en orden a la vida, la felicidad y el bien; cómo y de qué manera y con qué finalidad ponemos en marcha un proceso tecnológico; cómo integramos el conocimiento en el conjunto de lo que aspiramos que sea el ser humano y su mundo. El sabio no sólo identifica las tendencias sino que sabe responder por la conveniencia y pertinencia humana de los procesos, coteja lo real con el deber ser, confronta la realidad bruta con los sueños, los anhelos y las aspiraciones más acendradas y auténticas de los seres humanos, considerados tanto individual como comunitariamente.

Frente el alumno, el maestro es un servidor; él presta un servicio; se pone a la orden de un proyecto humano que se quiere diseñar y construir, el del estudiante. Saber despojarse del manto de la prepotencia y del autoritarismo, de la mera condición de funcionario que trabaja por una contraprestación material, y ponerse al servicio de un ser humano que sueña “llegar a ser gente, gente de bien y profesionalmente capaz”⁴; saber anteponer el bien del estudiante al propio bien y subordinar los propios intereses a los intereses auténticos del estudiante; trascender la mera obligación y desarrollar el espíritu de la abnegación y la dedicación para que el estudiante avance en su proceso de formación, superando el “ya hice lo que me tocaba” en aras de lo que debo hacer para que el estudiante logre calidad⁵; desarrollar la virtud de la paciencia y conjugar con sabiduría la exigencia rigurosa que demanda la responsabilidad social, con el trato humano y cordial que posibilita que el estudiante encuentre un ambiente satisfactorio de aprendizaje y formación. Un servidor que mantiene una relación absolutamente respetuosa con el alumno y con la alumna, a sabiendas de que su posición de “mayor”, de autoridad y de modelo lo coloca, en cierta forma, en situación de superioridad que ha de manejar con la altura propia de su condición de maestro.

El maestro "está pendiente" del estudiante y de su proceso, sabe "estar al cuidado" y "pensar en" el alumno, se ocupa no solo de que alcance los logros académicos, sino que está atento a que el joven esté avanzando en su proceso de ser mejor, ser feliz, ser íntegro, sin olvidar nunca que el

3 Intelligere o intellegere, de intus-legere o inter-legere (o inter-ligere): escoger entre o leer la profundidad de algo, percibir, entender.

4 Es la frase misional de nuestra Universidad Católica de Pereira, resultado de todo un proceso de reflexión que pretendía responder a la pregunta “qué somos, qué pretendemos, qué buscamos como universidad, cómo queremos realizar el proceso educativo; no es, pues, ni un lema ni un slogan, sino una proposición con sentido completo, a la que subyace toda una reflexión antropológica, pedagógica y conceptual.

5 La calidad (del latín “qualitas”) tiene que ver con la realización en la propia existencia de las “qualitates” (cualidades y calidades) que resultan esenciales y propias a un ser o una persona para llegar a ser auténtica y plenamente lo que corresponde a su condición más profunda u “ontológica”, al ideal o “deber ser”. El trabajo del maestro es precisamente apoyar al alumno para que, con autonomía, se ponga en camino decidido hacia la conquista de ese ideal y genere un dinamismo de buscarlo siempre, pues esa meta es inagotable. En este sentido, en la Universidad Católica decimos que la calidad se expresa en los términos evangélicos: “sean perfectos como el Padre celestial es perfecto” (Mt 5,48).

protagonista del proceso educativo es el alumno⁶.

De ahí que hayamos hablado repetidamente de la labor magisterial como un ministerio, expresión que proviene de la lengua latina para indicar el servicio⁷: el maestro es un servidor, su trabajo es un servicio y, en el contexto de la milenaria tradición cristiana, servicio como tarea encomendada y como acción realizada a la luz del ejemplo de Jesús, que no vino a ser servido sino a servir.

Esa condición precisamente implica el deber del maestro de encarnar lo que enseña, para “dar testimonio” de la dignidad humana que aspira a que se labre en la personalidad del estudiante. Un testigo es alguien que ha vivido personalmente una experiencia y que ahora la comparte con otros, entusiasmado. Nace de esta circunstancia el compromiso del maestro a caminar con decisión hacia la realización del deber ser de lo humano, que aspira a que sus alumnos asuman en su propia existencia y que siente como una responsabilidad que la sociedad le ha entregado.

“Magister”, “maestro”, alude a la expresión “magis” de la que provienen mayor, más, mayoría de edad; en síntesis, madurez⁸. El maestro es aquel que ha vivido un recorrido y ha desarrollado unas facultades y, por ello, puede acompañar a otros, que están iniciando ese recorrido y están deseosos de aprender y de crecer. Ese carácter de “magis”, como se ha repetido a lo largo de estas reflexiones, no coloca al maestro en situación de superioridad ni significa arrogancia, autosuficiencia o soberbia. El “magis”, el *magister*, la *magistra*, porque es

sabio(a), prudente y servidor(a), tiene la madurez y la humildad que lo llevan a comprender que el aprendizaje es una tarea compartida, y que quien enseña aprende y también quien aprende enseña. La condición de “magis” – mayor, la obtiene no meramente de la función que le otorga la diversidad de roles en la escuela o la universidad; su raíz es más profunda: proviene del ser antes que de la función. Es la estatura espiritual, la experiencia vital, la grandeza humana, esas que posee el maestro como componente de su ser, lo que lo define como “magis” – mayor, que acompaña, anima, motiva, exige, orienta, ejerce autoridad. De ahí que la “mayoría” no sólo de edad sino de humanidad, defina un rol y una función diferente en la igualdad: él es un líder, un guía y, en ese sentido, una autoridad. Permitir que esa condición se diluya en aras de una igualdad sin diferencia, conduce a renunciar al ministerio de maestro y eso a la vez desemboca en un relajamiento del proceso educativo en aras del elogio o la adulación. Somos acompañantes antes que “parceros”. Maestros cercanos, amables, servidores, que asumen esas condiciones en cuanto maestros.

En este sentido, la autoridad del maestro es una dimensión necesaria de su ministerio. Una autoridad que brota, como lo expresa la palabra misma, de la estatura humana y espiritual del maestro. Auctoritas, en efecto, hace alusión al “autós”, es decir, el “sí mismo” de alguien que, precisamente por su alta condición personal, lidera con criterio, convoca con seguridad, toma decisiones, orienta y encamina sin renunciar jamás a su ministerio de autoridad. A diferencia del poder, la autoridad brota de la personalidad y no de la fuerza ni de la arbitrariedad. Dotado de

6 Esta concepción del ministerio educativo no debe interpretarse en sentido “paternalista” o de control absorbente y práctica directivista, como si el maestro “formara” al alumno; por el contrario, el sujeto del proceso formativo es el niño/joven, y por eso hablamos en la Universidad Católica de “autoformación”. En ese mismo sentido, hablamos del “alumno” (del latín *alō, is, ere, alui, altum*, de donde proviene también la palabra alimento) como el que se nutre-alimenta del saber para “llegar a ser” y robustecerse como humano; de ahí viene también la expresión clásica tan conocida “Alma Mater”, (madre nutricia).

7 “Ministrare”: servir; de allí provienen las expresiones ministro, ad-ministrar, ministerio. La voz latina “ministrum” significa servidor, ayudante, del indoeuropeo “mi-nu” (pequeño, menor, contrario a magis, de donde viene magister): amo, jefe) (Corominas y Pascual, 1991; Gómez de Silva, 1998).

8 El “magister” (maestro) ha caminado más y por eso tiene una experiencia de vida que lo hace capaz de acompañar con sabiduría y experiencia; pero esa madurez no es, por supuesto, absoluta, sino relativa y además no puede esgrimirse como justificación para que el maestro se cierre a aprender de su alumno o a asumir posiciones de arrogancia, soberbia o poder.

justicia, criterio y claridad, el maestro convoca a sus alumnos y los lidera. Es ésa precisamente la forma como despierta y motiva el desarrollo de la autonomía de sus estudiantes.

Hemos dicho al mismo tiempo “ministerio”- “ministro” (menor, pequeño) y a la vez “magister” (“mayor”, “superior”), una bina que sorprende por su apariencia paradójica, y eso es el maestro: alguien que se pone al servicio como el menor, pero que ejerce su ministerio porque es mayor, tiene más camino recorrido, más experiencia, va más adelante. En el maestro confluyen, pues, esa minoría del servidor y esa mayoría del sabio que conduce sin prepotencia.

La pertinencia del ministerio magisterial del maestro en nuestra Universidad Católica, que se fundamenta en lo que se ha dicho anteriormente, se hace real (se real-iza) en la medida en que la misión institucional, esa que definimos como proyecto de vida y que expresamos en la frase misional “ser gente y gente de bien”, se despliega efectivamente en el plan de curso y en su desarrollo exitoso. Un maestro inspirado en la misión, con creatividad diseña estrategias sabias y pertinentes para realizar la misión institucional en el desarrollo de su curso, cualquiera que sea. Eso sucede de manera muy importante en el aula de clase, donde cada uno de nosotros tiene el deber irrenunciable de posibilitar procesos de desarrollo humano integral en su alumno como gente de bien; el horizonte misional es suficientemente claro, la forma de hacerlo realidad es obra de la sabiduría del maestro.

Pero el proceso formativo no se agota en el aula de clase. Si el ministerio magisterial radica primordialmente en el ser que se verifica en la práctica, somos maestros tanto en el aula de clase como fuera de ella. En los otros espacios y momentos de la vida de la universidad, somos maestros y debemos actuar como tales. El

proceso formativo va más allá del aula; nos apremia nuestra condición de servidores, testigos y acompañantes.

Con ocasión del día del maestro, la Universidad quiere exaltar ese ministerio admirable, reconocerlo y agradecerlo. En medio de los agobios y las fatigas, también de las dificultades y a veces las incomprensiones, en las satisfacciones y en los éxitos, sabemos nosotros, saben ustedes y, con seguridad, sabe la sociedad, que nos ocupamos de la tarea más gratificante y decisiva: acompañar el proceso de formación de los protagonistas del desarrollo y los forjadores de la historia. Estamos en la actividad social en la que, de manera formal, se construyen seres humanos buenos y felices. Por eso, unida a nuestras felicitaciones, va nuestra voz de aliento y nuestra gratitud por todo lo que hacen por el bien de nuestros estudiantes y por el engrandecimiento del *Alma Mater*. Que el Maestro de Nazaret, el Buen Pastor, que se nos reveló como Camino, Verdad y Vida, dibuje cada vez con mayor luminosidad los rasgos del Maestro que él sueña para la humanidad.

Referencias

- Corominas, J. y Pascual, J. (1991). *Diccionario crítico etimológico de la Lengua Castellana e Hispánica*. Madrid: Gredos.
- Gilbert, M. (1980). “Sabiduría”. En: *Diccionario de Teología Bíblica* (pp. 1712-1728). Barcelona: Herder.
- Gómez de Silva, G. (1998). *Breve diccionario etimológico de la Lengua Española* (2ª ed.). México: Fondo de Cultura Económica.
- Grelot, P. y Baruq, A. (1990). “Sabiduría”. En: *Nuevo Diccionario de Teología Bíblica* (pp. 807-812). Madrid: San Pablo.